

Pedro Mañas

David Sierra Listón

Anna KADABRA

La Isla de las Mascotas



Planeta
Junior

Anna KADABRA

La Isla de las Mascotas



¡Rápido, pasa y cierra la puerta!

No es porque vaya a escaparse el gato. En realidad, mi gato es mágico y se escaparía aunque lo metieras en la caja fuerte de un submarino. Lo que ocurre es que esta historia comienza con una conversación secreta. ¡Secretísima!

Si te acercas un poco más al libro, te la cuento.

Era sábado a medianoche y yo charlaba con

Marcus Pocus en mi habitación. Además de mi mejor amigo, Marcus es el brujo más divertido de todos los que conozco. (Que no es mucho decir, porque solo conozco a cuatro).

Las otras alumnas de nuestro club mágico son Sarah Kazam y Ángela Sésamo. Por último está la profesora Madame Prune. Ella es la que me enseña matemáticas en el cole y brujería en una mansión encantada. Que yo aprenda algo ya es otra cosa.

Pues Madame Prune era precisamente el problema. Bueno, ella no: ¡su cumpleaños!

—Sabemos que es el lunes —me dijo Marcus—. Pero no sabemos cuántos cumple.

Aparte de bruja, Madame Prune es muy presumida y jamás decía su edad. Daba igual que tuviera sesenta años que tres siglos y medio. Lo



importante era regalarle algo estupendo..., pero ¿qué?

—¡Tú sigue pensando! —respondí, y mi amigo mordió su varita en busca de inspiración.

Marcus estaba pasando el fin de semana en mi casa. Pero ya era casi domingo y aún no habíamos decidido el dichoso regalo. A una profesora normal puedes comprarle un frasco de



perfume. Las profes de magia prefieren frascos de orugas secas o de baba de caimán.

Bajé la vista hacia mi diario mágico y suspiré.
De momento esto era lo que habíamos apuntado:

Ideas para el regalo

Un asiento tejido para la escoba
Enciclopedia de hongos venenosos
Agujas hechizadas para tejer
Un ramo de plantas carnívoras

—Ninguna termina de convencerme

—suspiré—. ¡Oye! ¿Y si le compramos una túnica nueva?

—Me niego a preguntarle su talla —gruñó

Marcus—. ¡Eh, cuidado con tu gato!

Cosmo acababa de robarme el lápiz para que

le hiciera caso. Para él, todos los días son su cumpleaños.

Lo perseguí hasta que desapareció como un relámpago peludo bajo la cama. ¡Y menos mal, porque papá acababa de entrar por la puerta! Llevaba su pijama nuevo de girasoles.

—Hola —sonreí, ocultando el diario bajo un almohadón.

Él, en cambio, no dijo «hola» ni «buenas noches». Lo único que dijo fue...